Azules son las horas

Inés Martín Rodrigo



ESPASA

INÉS MARTÍN RODRIGO

AZULES SON LAS HORAS

ESPASA

ESPASA NARRATIVA

© Inés Martín Rodrigo, 2016
© Espasa Libros S. L. U., 2016

Preimpresión: M.T. Color & Diseño, S. L.

Depósito legal: B. 460.2016
ISBN: 978-84-670-4672-4

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal)
Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47

Espasa, en su deseo de mejorar sus publicaciones, agradecerá cualquier sugerencia que los lectores hagan al departamento editorial por correo electrónico: sugerencias@espasa.es

www.espasa.com
www.planetadelibros.com

Impreso en España/Printed in Spain
Impresión: Black Print

Espasa Libros, S. L. U.
Avda. Diagonal, 662-664
08034 Barcelona

El papel utilizado para la impresión de este libro es cien por cien libre de cloro y está calificado como **papel ecológico**

Capítulo I

Poznan (Polonia), 1 de enero de 1958

La muerte me acecha. No le tengo miedo. Ya no. Es hora de marcharse. Dios me quiere junto a él y mi pequeña Yadwiga me reclama: «¡Madrecita, madrecita! ¿Por qué me dejaste morir?». Sus palabras resuenan hoy con más fuerza que nunca en mi conciencia, privada de la vista, pero no del amargo recuerdo del pasado inalterable, terrible, abrasador. Hace días que no puedo levantarme de la cama. Mi hija Halita viene cada mañana, muy temprano, y me toca la frente. Cree que duermo profundamente y, alguna vez, he notado cómo acercaba su cabeza hasta mi pecho para comprobar que seguía respirando. No sabe que, cada noche, rezo a Dios para dejar de hacerlo.

Sí, ya he vivido bastante. No quiero darle más tormento; a ella ni a nadie. Tengo noventa y seis años, estoy ciega y tan lejos de mi patria que ni sentirla ya puedo. ¡Mi España, mi pobre España! No pude volver y descansar para siempre cerca de mis carmelitas descalzas, en mi tierriña gallega. La añoranza me invade estos días. Hace una semana empecé a tener unos terribles ataques de tos

seca. Mi yerno hizo llamar al médico, que se desplazó a Kozieglowy. El buen doctor me saludó con cariño y, tras cogerme la mano, hizo que me tumbara. Supo, de inmediato, la gravedad de mi estado. Salió de la alcoba para hablar, en el rellano de la escalera, con mi hija. No pude oír lo que le decía, pero nadie sabe mejor que el enfermo si debe, o no, albergar esperanzas. La noche anterior, al incorporarme en la cama para tratar de respirar un poco mejor, tosí con fuerza y supe que lo que me atenazaba el corazón era neumonía. El frío de mi querida Polonia se me ha metido, ya para siempre, en los huesos, y me llevará consigo. Al volver a la habitación tras despedir al doctor Piotr, Halita no pudo remediar el llanto. Me abrazó, inconsolable, y la mecí como cuando era niña, en Marín, con la brisa de las rías gallegas entrando por el balcón. Desde entonces no se ha separado de mi lecho. Me sube caldos calientes, las pastas de piñones que tanto me gustan y que sólo se encuentran en el mercado de Poznan, leche con miel... Pero no tengo apetito. El estómago se me cerró el mismo día que me invadieron los temblores.

Alguna mañana he intentado levantarme, coger el bastón que está apoyado sobre la mesa y asomarme al balcón. Hace años que memoricé el paisaje que hay al otro lado del cristal: el blanco radiante de las montañas nevadas, los campos fértiles que extienden su manto hasta más allá del límite geográfico de fronteras... ¡Oh, las fronteras! ¡Amargas fronteras! ¡Marcadas al arbitrio de quienes deciden sin tener en cuenta a sus semejantes! Que Dios les perdone, que no repare en sus corazones de latón, incapaces de sentir el dolor en otra carne que no sea la suya. No quiero que la amargura me venza estos días, pero son tantos los recuerdos, algunos tan dolorosos,

que me gustaría haber perdido la memoria y no la vista. ¡Ciega quisiera estar del pasado! Y, en cambio, todo se me viene a la mente, nítido, como si hubiera ocurrido ayer. A veces rompo a llorar sin razón, sin aparente razón, pues en mi cuarto no tengo más compañía que los libros que pude salvar en Varsovia. Ayer mismo, mientras abajo la casa bullía con el alboroto propio de la última noche del año, oí cómo unos pasos subían las escaleras y se aproximaban. Era Karul, mi nieto. Quería leerme, como cada día, algunas páginas de *Poesías,* mi primer poemario. Escuchar los versos que escribí hace ya casi un siglo me abruma, pero él combate mi rubor tomándome la mano. Me encontró llorando, casi sin aliento, sumida en un sollozo infantil y hasta hiposo.

—¿Qué le pasa, babunita?

Cómo contarle, a sus treinta años, que hay desconsuelos que no tienen remedio y es mejor dejarlos, procurar que se vayan igual que llegaron, sin avisar. Pasamos la tarde juntos y cuando comenzó a caer la noche, mi yerno subió para ayudarme a bajar y cenar con mi familia. La última Nochevieja. Lo sé. Sé que así será. Sé que Dios quiere que así sea. Brindamos y reímos como hacía tiempo que no hacíamos, olvidando las penurias y padeceres de tantos años. A medianoche volvió la tos, y con ella los temblores. Mi nieta Sofía me ayudó a volver a mi habitación. «Dulces sueños, princesa del amor hermoso», me susurró al oído. Me dio un beso y se marchó. Fue ella la que debió de dejar caer, sobre mi cama, la imagen del Sagrado Corazón que siempre llevo conmigo. La guardo desde que me la dio mi abuela Isabel, en Almeiras, una soleada mañana de junio de 1871.

—Lleva esto siempre cerca del corazón, Sofitiña.

—¿Pero qué es, abuela?

—Es el Sagrado Corazón, un tesoro que te protegerá siempre, estés donde estés. La vida es muy larga, mi hijiña, y quiera Dios que nunca tengas que pasar tantas desgracias como tu madre. Mi pobre hija...

—Pero mamá es feliz. Te tiene a ti, y al abuelo, y nos tiene a nosotros. Yo cuido de los hermanos y ella de todos nosotros. Somos una gran familia.

—Ay, la familia. Si tu madre no hubiera conocido a ese malnacido. Y no me hagas hablar más, que se me suelta la lengua y luego tu madre me riñe. Venga, ayúdame a fregar la loza.

Mi abuela Isabel no podía evitar guardarle rencor a mi padre, el «malnacido». Entonces yo sólo tenía diez años, pero sabía bien que sus palabras, mezcla de rabia y razón, se referían a él. Mis padres se habían conocido muy jóvenes en La Coruña. ¿Se amaron demasiado rápido? Quizás. El caso es que mis abuelos maternos nunca vieron con buenos ojos aquella unión, por más que mi madre estuviera loca de amor por el joven literato. Mi padre coqueteó con la narrativa desde su juventud y bien temprano sintió la llamada de la política y la intelectualidad, por lo que mis abuelos intuían —con razón— que no era el mejor candidato para convertirse en el fiel esposo y mejor padre que habían soñado para su hija. Pese a todo, mi madre, terca como yo, siguió en su afán y pronto vine yo al mundo, cuando aún ni siquiera se habían casado. ¿Hija ilegítima, poco o nada deseada? No dudo del amor que mis padres se tenían, porque sus gestos los delataban y todos los recuerdos que conservo en mi memoria revelan la pasión que los unía. La boda, como no podía ser de otra forma, llegó casi dos años después de mi nacimiento, por lo que, sin pretenderlo, fui protagonista del casamiento de mis progenitores como pequeña dama de honor una mañana de enero de 1863.

Durante al menos dos años intentamos ser una familia, instalados en La Coruña. Pero los deseos irrefrenables de mi padre, alentados por la estrecha amistad que mantenía con un político, José Elduayen, condujeron al desastre y al fin del matrimonio. Se habían conocido en una velada literaria en la casa de Elduayen, en Vigo. Ya esa noche, Elduayen comenzó a meter a mi padre pájaros en la cabeza, que poco tiempo después le harían volar lejos de casa. Le hablaba de sus aspiraciones dentro del Partido Conservador, en el que él militaba y por el que había conseguido un escaño en el Congreso que le permitía escaparse a Madrid siempre que lo necesitaba, dejando en Galicia a su mujer, con la que había contraído matrimonio en segundas nupcias.

—Muchacho, tú has de venir conmigo a Madrid. Te auguro un gran futuro. Tus dotes de conversador te abrirán las puertas de cualquier despacho, por muy real que sea.

—¿Usted cree? Pero si yo nunca he salido de Galicia...

—Por supuesto que lo creo. Tus fronteras están muy lejos de esta tierra pobre e iracunda. Me acompañarás en mi próximo viaje y te presentaré a gente importante; gente que te sacará de las penurias de esa casucha de los Casanova. ¡Valiente panda de rencorosos! Van de humildes y son unos muertos de hambre. Si yo te contara de dónde viene la supuesta nobleza de su linaje...

Las malas lenguas decían que Elduayen frecuentaba compañías poco recomendables en la capital, aunque su fama de mujeriego y estafador no logró empañar su carrera como político. Mi padre veía en él a esa figura masculina que en su casa siempre faltó, sin sospechar que sus ansias de imitar su porte y gozar de su posición social le alejarían, para siempre, de lo que más quería. Su imagen,

saliendo de casa una mañana temprano, como si fuera un fantasma, con un saco de ropa al hombro y una gorra, delgado y ojeroso, permanece imborrable en mi memoria.

—¿Qué haces ahí, Sofía? Vuelve a la cama con tus hermanos.

—Papá...

Apenas pude balbucear otra palabra. Pequeña y enjuta, a mis cuatro años recién cumplidos aún observaba el mundo de los mayores con la distancia e inocencia que permiten los ojos de un niño. Mi padre me cogió de la mano y me asió entre sus brazos. Aspiré el aroma a tabaco y sudor.

—No me olvides, Sofía. No te olvides de tu padre —dijo entre sollozos.

Y salió de la casa, sin mirar atrás.

Después se instaló un silencio cómplice entre mi madre y mis abuelos. Nunca más se volvió a hablar del tema. El paso de los días fue cayendo como una losa, con la espera de que el tiempo, inalterable, hiciera olvidar el recuerdo, hasta que no quedara nada de la figura de mi padre en nuestra memoria infantil. Pero el destino siempre tiene una carta preparada, una jugada maestra con la que ganarte la partida.

—Rosa, ha llegado una carta para ti.

El rictus de mi abuelo Juan, siempre severo, denotaba más preocupación de la habitual. Llevábamos todo el verano en Almeiras, con la despreocupación propia del estío, sin acordarnos ya del hueco en el sillón de la casa de La Coruña.

—¿Qué pasa, padre, qué es? Que parece que hubiera visto un fantasma.

—Un fantasma no, pero parecido. Esta mañana he estado en Coruña para ocuparme de unos asuntos y fui a la oficina de correos. Genaro, el cartero, me había dejado el recado en el bar de Manuel de que me pasara por allí para recoger una notificación que había llegado desde Madrid.

—¿Y qué es? Dígamelo, hombre, que me tiene en ascuas y ya no sé qué pensar.

Sentada en el patio, al caer la tarde, recuerdo a mi madre, que, presa del pánico, pues conocía a su padre, zarandeaba a mi abuelo mientras trataba de hacerse con la carta.

—Es el barco de Vicente, que ha naufragado.

—¿Cómo que ha naufragado?

—Sí, al parecer salió de Cádiz hace una semana, hubo una tormenta y el barco se hundió.

—¿Vicente ha muerto?

—Ése es el problema: no aparece en la lista de tripulantes.

Pese al acuerdo tácito establecido en la familia de no hablar, ni mentar, y mucho menos intentar recordar la partida de mi padre, mi abuelo Juan le había seguido la pista hasta Madrid. Aún mantenía contacto con la alta sociedad de la época, o lo que quedaba de ella, y trató de averiguar su destino. Sabía que había marchado de La Coruña siguiendo la estela de Elduayen y que en Madrid había intentado ganarse la confianza de algún politicucho barato y sin entidad. Pese a mi edad, recuerdo que mi padre no bebía y tampoco era mujeriego, pero le gustaba mucho el juego, y no fueron pocos los disgustos que le dio a mi madre cuando llegaba a casa en plena noche, tras haber perdido en una partida de cartas veinticinco pesetas. En Madrid, según contó aquella tarde mi abuelo, se metió en más de un lío por

esa afición. Una de las veces tuvo que ocultarse durante algunos días para no afrontar el pago de una deuda, y lo hizo en casa de Patricio Aguirre de Tejada, un buen amigo de la familia. Don Patricio, paciente y bondadoso, no supo qué hacer, por lo que trató de ponerse en contacto con mi abuelo para informarle y pedirle opinión, al fin y al cabo, legalmente seguía siendo su yerno. Así fue como mi abuelo supo de mi padre, aunque no se lo comunicó ni a mi madre ni a mi abuela. Su respuesta fue segura: «Déjalo marchar, no lo protejas más, Patricio. Él se ha buscado su propia suerte, y Dios sabrá cuál ha de ser su destino. Sólo espero que sea lejos, muy lejos de mi hija y mis nietos».

Don Patricio cumplió con la voluntad de mi abuelo y le dijo a mi padre que debía marcharse, pues esperaba la visita de unos familiares de su mujer que venían de Burdeos e iban a ocupar la habitación de invitados durante, al menos, dos semanas. Agobiado por su situación, sin un mendrugo de pan que llevarse a la boca ni un techo bajo el que cobijarse, mi padre dejó Madrid rumbo a Cádiz, con intención de enrolarse en el primer barco que partiera hacia América. Una vez en el puerto, entabló buena amistad con el contramaestre de *La Dolores,* quien le presentó al capitán y le consiguió un pasaje para embarcarse con la tripulación.

—No está, Rosa, su nombre no aparece por ningún lado.

—Pero si don Patricio le dijo que había embarcado... ¡es que embarcó! ¿No puede ser que por no pagar todo el importe del pasaje le hicieran un hueco, qué sé yo, entre el servicio?

—Hija, no está y no está. No se puede dar por muerto a alguien si no hay registro oficial de su defunción.

—¡Dios mío, Dios mío! ¡Este hombre ni muerto me deja en paz! ¿Qué vi yo en él, padre, dígame, qué vi yo en él?

Mi madre se echó en los brazos de su padre, rota de dolor y desconsolada. Así fue como se convirtió en viuda, pero sin serlo. De mi padre nunca más supimos y su ausencia marcó toda mi infancia. Una mañana, a finales de aquel verano de 1867, escuché a mi abuela hablando en el jardín del pazo, en Almeiras, con una vecina.

—Éste no contaba con que el barco naufragara, te lo digo yo, Herminia.

—¿Y qué quería, entonces?

—Éste lo que buscaba era desaparecer como fuera, hacerse pasar por otro, darse por muerto. Cualquier cosa con tal de empezar una nueva vida, lejos de su mujer y sus hijos.

—¿Le ves capaz de eso, Isabel?

—De eso y de mucho más.

Mi abuela estaba convencida de que mi padre mintió cuando comunicó su intención de embarcarse rumbo a América, tratando de poner un océano imaginario entre su nueva vida y su familia sin moverse de España. Casi noventa años después sigo sin saber qué pasó con él. Durante décadas me resistí a creer la versión de mi abuela y fueron pocas las veces que hablé con mi madre del asunto, sobre todo porque sabía el dolor que le provocaba. Hoy no tengo dudas de que mi padre fue un egoísta y antepuso su felicidad a la de su familia, sin importarle lo que pudiera pasarnos a mis hermanos y a mí, y mucho menos cuál sería el destino de su todavía mujer, sin refugio legal ante la ausencia de marido. Pese a todo, hasta que tuvimos que abandonar Varsovia, guardé un poema que él escribió al poco de yo nacer:

Nació una estrella pura y esplendente
en el risueño cielo de Galicia
de sus amantes padres la delicia.

Pasaron los años y seguimos viviendo en el pazo de Almeiras, lejos del bullicio de la ciudad y protegidos de las malintencionadas murmuraciones de los vecinos. Mi madre, dotada de una entereza fuera de lo común y que yo nunca he vuelto a ver en nadie, nos mantuvo exportando huevos a Inglaterra desde La Coruña, aunque mis abuelos nos ayudaban y nunca faltó nada en nuestra casa. Es curioso, porque, pese a todo, no recuerdo aquella época con tristeza. Mi infancia fue feliz. Fui una niña feliz. Y sólo recuerdo con cierto pesar el día en que mi abuelo firmó la venta de la casa de Almeiras.

—Padre, ¿está seguro de que quiere venderla?

—Lo estoy. Este lugar se les está quedando pequeño a los niños. Sofía ya tiene trece años y tú debes velar por su porvenir. ¿No has visto cómo lee? ¿Cómo lo mira todo? Está ávida de conocimiento. Coruña no es una ciudad para ellos. Y mírate a ti: hundida en tu propia desgracia. ¿Quieres seguir vendiendo huevos toda tu vida?

—Claro que no, padre, pero Madrid... Está tan lejos. ¿Qué será allí de nosotros?

—Pues será lo que tenga que ser. Tu madre y yo viviremos con vosotros. No te marchas sola. Y allí nos espera don Patricio. Es lo mejor para todos.

Mi abuela asentía, sin mucha convicción, mientras él argumentaba. Pese al tiempo que habían pasado en América, los dos se sentían gallegos y amaban su tierra. Pero, por encima de tierras, raíces y nacionalismos, estaba el amor hacia su hija, a la que veían cada vez más apenada desde la «muerte» de mi padre. Una madre soltera con

tres hijos no era el sueño de ningún muchacho, y mucho menos en la Galicia rural de finales del siglo XIX. Madrid sería distinto: un nuevo escenario, sin rémoras emocionales, en el que empezar a escribir la nueva historia de los Casanova. Yo observaba sin mediar palabra, intentando memorizar cada rincón de nuestra casa. Sin saberlo, aquella tarde de mayo de 1874 empecé a despedirme de mi Galicia querida, a la que ya sólo volvería en contadas ocasiones, nunca suficientes.